

1

Mi Señor y mi Dios:  
Crear en Tí es decirte con la alabanza,  
con el servicio  
y con la vida entregada: Deus meus et omnia.

Dios mío y todo:  
no podemos dirigirnos a Ti sin unirnos a un canto,  
a un trabajo  
y a un amor universales,  
omniabarcantes.

Sólo eres mi Padre como Padre nuestro.  
Sólo eres mi Dios como Dios de tu Reino.  
Sólo eres la fuente y el objeto de mi amor,  
como el amor entregado,  
que es garantía, interpelación y oblación  
para todos y con todos.

Amén. ¡Aleluya!

2

Mi Dios y Señor:  
Padre nuestro que habitas en el cielo.

Tú eres nuestro Padre y Madre  
pues nunca abandonas a tu pueblo.  
Padre-Madre,  
Madre-Padre del joven Jesús el Nazareno  
y de todos los hombres.  
¡Madre de quienes no han tenido padre!  
¡Padre que no acomplejas a tus hijos!  
Madre que, amando engendras vida  
y avivas, providencialmente, cuanto sembraste en nuestra  
tierra.  
Padre que habitas más allá de las montañas transparentes,  
azules, lejanas y del todo transcendentales.

Padre nuestro que habitas en el cielo.  
Padre-Madre:  
A ti vamos a despecho y contrapecho  
de las vías de tus sabios.

Padre-Madre:

perdónadnos — si os disgusto — que al nombraros os  
disfrute pequeñito y  
a medida de nuestra sed y de nuestra hambre.

Padre-Madre:

¿qué te importa si en ti creemos,  
que recitemos,  
por encima de herejías y de dogmas que no existen,  
que eres tierra de otro cosmos,  
carne y sangre primordial  
si por mucho que te nombremos  
todo queda en pre-nombre,  
pues rebasas  
y por más que te bebamos  
nunca habremos de agotarte.

Padre-Madre:

perdonadme que no seamos ni tan sabio,  
ni tan rico para verte tal cual eres,  
pues sabes que los hijos son más nuevos  
que su viejo Padre-Madre.

Madre-Padre:

dispensa que,  
recortando tu grandeza,  
prolonguemos tu maternal-paternidad  
por todos los rincones de la tierra.

Padre-Madre:

por tu inmensa gloria te alabamos  
y te bendecimos porque nos llevas en tu seno.  
Te damos gracias porque eres nuestro alfarero  
y nosotros la arcilla de tus manos,  
vasijas habitadas por el Viento.

Rey celestial, mi Señor, Hijo único, Jesucristo:  
maestro y fundador de nuestra Iglesia,  
que tu grupo sanguíneo siempre circule por nuestras venas.

Madre-Padre, Hijo y Abogado que gritas en nuestro  
interior:

Que llamemos a Dios Padre, Papá, papaíto, mamá,  
mamaíta,  
pues lo eres y bien que lo sabemos.  
Amén. ¡Aleluya!

3

Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas.  
Con nuestro señorial hermano el sol  
y con nuestra hermana madre tierra.  
Con la hermana agua,  
que es muy útil, humilde, preciosa y casta.

Alabado seas, mi Señor,  
con el hermano fuego, que es bello, alegre, vigoroso y fuerte.

Que tu alabanza sea, mi Señor,  
nuestra vida fraterna en medio de una tierra hermosa  
trabajada con vigor y con ternura.

Creer en Ti, mi Señor,  
es el gozo común de reconocernos,  
al caer la jornada de un trabajo fuerte y útil,  
como esplendor viviente de tu propia hermosura.

¡Tu gloria, mi Señor,  
es que el hombre viva!

¡Tu gloria, Padre, es que el pobre viva!  
Amén. ¡Aleluya!

4

Mi Señor:  
tu cielo azul de inmensas flores de agua  
nos invita a navegar por utopías  
y a desatarnos en poemas de versos sonoros  
o trenzar un racimo de gladiolos, golondrinas o lirios.

¡Qué tentación más terca y persuasiva (la nuestra)

en este querido mundo que ha consagrado altares a lo feo  
y crece el óxido a los pies de los ídolos de hierro!  
Más prefiero el realismo de las cosas  
que se desgastan al rodar el tiempo,  
que la belleza embutida en ramos de naptalina,  
no sea que, cual otro ingénuo Icaro,  
no encuentre lágrimas a mi dolor.  
Pero familia, carne y sangre pesan,  
y yo salí, hace miles y miles de años,  
en los riñones de Abrahán de Caldea,  
encadenado a hebreos y cristianos,  
hacia la tierra libre de Israel.  
¿Quién rompe la maroma que nos ata?

Tú sabes, mi Señor,  
que cencerros de bronce, plata y oro  
aploman los pies del romero,  
pero, a pesar de todo,  
nosotros no sacudimos el lazo de nuestra fe.  
Ya sé que por más que navegue nuestro racionio,  
nunca podremos apresar en fórmula química  
la cambiante hermosura de tus cielos,  
pero hiciste nuestro rostro  
para mirar a lo alto  
y encontrare con un Tú mayor.  
Nuestros ojos miran y miran más allá de los montes,  
porque tu luz,  
que eclipsa el vivo resplandor del fuego,  
los imanta a los tuyos, luceros cegadores,  
que sosiegan la geografía de nuestro dolor.  
Yo no quiero ascender a Tí, mi Señor,  
apoyados en ladrillos babilónicos,

teniendo en el sustrato de nuestra tierra  
la carne y la sangre de Jesús.  
Pero confesamos  
que nos roe la tentación de entregarte nuestra fe,  
embalsamar nuestro cristianismo  
en estos valles de terrenal dulzura,  
rayar con tiza el cielo,  
mirar sólo a la tierra, madre que veneramos.

Tú sabes, mi Señor,  
que la Iglesia desea ser peregrina,  
y cuando Tú lo ordenas,  
la acometen los teólogos,  
que arruinan la ciudad tallada en piedra  
y siempre lista a alzarte templos no contruídos  
con piedras vivas de los hijos de Dios.

Mi Señor:  
tu cielo azul de inmensas flores de agua  
pregona las acciones de tus manos  
porque Dios no habita en celdas siderales,  
ya que los pajarillos y la luna serían más felices que  
nosotros.

Loado seas, mi Señor y Padre,  
por tus delicias con los hijos de Adán y Eva:  
Yo te doy casa,  
Tú nos das casa,  
Dios en nosotros,  
teje su casa.

Loado seas, mi Señor y Padre,  
por tu sangre en nuestra sangre,  
por nuestra carne en tu sangre,  
porque comes de nosotros y nosotros de Tí,  
para comernos mutuamente en este cielo  
que va de Tí a nosotros  
y vuelve de nosotros a Tí.

El cielo publica las glorias de Dios,  
pero el Señor, mi Señor, pregona  
que su gloria es el hombre,  
pues entre ambos han encofrado al Cristo  
—Alfa y Omega—  
como el mejor dintel de la Ciudad de Dios.

5

Por cual de tus sonoros nombres  
quieres que te llamemos:

Yahvé, Alá, Elohím, Ea, Saday, Enlil,  
cuando todos te cuadran bien,  
mas ninguno te viste de hermosura  
porque no existe sustantivo  
como el nombre de Dios a secas:  
Dios, Dios, Dios, tres veces Dios?

Mi Señor:

Si no podemos darte nombre de tan existente que eres,  
que no te vemos, acompañas y nos molestas,  
¿cómo satificarte si no hundes  
raíces en muladar alguno de esta tierra?

Creo que desees,  
mi Señor Santísimo,  
meternos en tu bosque sagrado,  
maravilloso, limpio, oreado y sorprendente,  
para injertarnos de una vez en tu añoso tronco  
y culminar cuanto has iniciado en el bautismo.

Para que fuéramos tu propiedad,  
nos has llevado sobre alas de águila,  
por encima de todas las naciones,  
para darte a conocer a los pueblos,  
pero hemos blasfemado de tu Nombre  
y existen gentes que rechazan tu existencia.

Mas como Tú nunca haces nada que contra ti se vuelva,  
has engendrado, no creado,

a un Ungido—Jesús,  
Hijo tuyo entrañado en Mujer,  
Pimpollo—Dios—hecho—materia—carne—sangre.  
¡Apártate de nosotros, mi Señor,  
que soy un pecador!  
Mas, si no voy a Tí, ¿a quién acudiré,  
si sólo Tú tienes palabras de vida eterna,  
y una vez que he gustado de tu leche y miel  
no anhelo sino ver el santo rostro de Dios?

Gracias, mi Señor, porque la piedra que el cantero desechó  
se ha convertido en piedra angular  
del nuevo templo,  
columna, nave y cátedra donde resuena la voz del Espíritu  
Santo  
que somos pueblo regio, sacerdotal, profético, alianza  
nueva.

¡Santo Mesías de Dios!  
Tú que miras el rostro de tu Padre.  
enséñanos a no caernos ni de Tí ni de Él,  
pues, como somos niños,  
tropezamos a pesar de ser nuestro Camino, Verdad y Vida.

Porque si somos viva imagen de tu Padre,  
queremos contemplarlo,  
sin velos, y estamos, en verdad,  
inquietos cual veletas a merced de los vientos.  
Nosotros anhelamos aprender tu santidad  
tan de memoria como niños que recitan la cartilla,

sin angustia,  
aunque tardemos varios cursos,  
pues si eres nuestro Padre,  
queremos aprender a ser tus hijos,  
si no listos, al menos buenos.

Pero el conocimiento del Jesús pequeño  
tan sólo lo da el Padre,  
que se mira en el Hijo,  
al igual que Jesús se ve en el eterno Padre,  
siendo Espejo de ambos el Espíritu Santo,  
que nos forma en su escuela con tal que lo escuchemos.

Mi Señor Jesús:  
Vigila nuestro crecimiento,  
engéndranos según tu corazón,  
identifícanos contigo, reloj exacto,  
despiertos y acordados,  
sin complejos ni traumas.

¡Oh Cristo Dios,  
crece en nosotros,  
pues aunque sólo seamos hierba de tu huerto,  
con tal de que no nos arranques,  
nos llevarás al Padre tuyo y nuestro!

Amén. ¡Aleluya!

Padre Santo, mi Señor:  
Tú que nos has llamado al desierto  
para hablar al corazón de nuestro corazón  
llénanos de tu Espíritu Santo  
para que nuestras palabras no sean despalabradas  
sino respuesta viva y existencial a tu Palabra.

Tu Palabra es semilla para nosotros.  
Ella fecundó nuestro corazón convertido en piedra,  
y nació un mundo común de palabras,  
un mundo tuyo que es nuestro mundo.

Tu Palabra es luz para nuestros ojos  
para contemplar el libro de la vida  
y escribir en el libro abierto de la historia.

Tu Palabra nos descubre la desnudez.  
Tu Palabra nos lleva a reconocernos pobres,  
sin fuerzas,  
sedientos,  
y marginados.

Llegue hasta nosotros el fuego de tu Espíritu,

— alto silencio— :  
para que nos configure a tu Hijo Jesucristo  
en el misterio de su historia  
de encarnación,  
de muerte  
y de resurrección.  
Sólo así podremos construir entre los hombres,  
nuestros hermanos,  
la historia sin el velo del pecado,  
primicia del banquete del Reino.

Amén. ¡Aleluya!

7

Mi Señor:  
tómanos todo entero  
para servir a la disposición plena de toda tu voluntad.

Queremos dejar a tu libérrimo querer  
todo cuanto tenemos y poseemos:  
pobreza y riqueza,  
honor y deshonor,  
salud y enfermedad,  
vida larga y vida corta.

Queremos encontrar  
nuestra irrenunciable libertad de hombres,

entregándonos, sin reserva, a la apasionada búsqueda  
de tu ideducible voluntad,  
para consentir intensamente en ella  
y cumplirla con obras de servicio.

Amén. ¡Aleluya!

8

Glorificado seas, mi Padre y Creador,  
porque en fecundos siete días sacaste de la nada la materia  
para que apareciese cuanto es y vemos.

Pero glorificado, sobre todo,  
por quedarte dentro de ella:  
en los montes,  
para que no revienten como yeguas  
después de haber bebido en exceso;  
en los árboles,  
para que no maldigan su verdura  
ni replieguen sus ramas como paraguas viejos;  
en la gallina que pone sus huevos,  
y, sobre todo, en el hombre, —tu otro igual—,  
inteligente y con memoria de sí mismo,  
aunque tan mala que quisiera desplazarse lejos,  
igual que el pie al cascajo.

Glorificado seas, mi Padre y Creador,

porque estás en cuanto existe,  
no por haberlo conquistado,  
sino por ser enteramente tuyo,  
con anterioridad a la escritura  
y codificada firma del notario.

Mi Señor:  
no te desintereses de esta dulzura  
que es la tierra  
no sea que se borre todo,  
como ciudad perdida,  
sin peritos que la descifren,  
ni memoria que diga:  
Aquí se levantó la ciudad;  
los hombres escalaban los montes para adorar a Dios;  
las madres entonaban nanas a sus hijos  
sobre aquellos ribazos soleados;  
los jóvenes corrían trás de las mozas por los trigales.

Mi Señor:  
¿Por qué Jesús nos enseñó a decir:  
Venga sobre nosotros tu reino,  
si ya está aquí, en la tierra, con anterioridad a su venida?

¿Por qué dijo Jesús:  
Arrepentíos,  
el reino de Dios ha comenzado,  
está en vosotros,  
sufre violencia,  
si Él no encabeza al Pueblo

como guerrero contra Egipto,  
sino cual Dios bajado a la arena,  
carne humana que linda con Dios,  
carne de Dios que linda con el hombre?

¿Acaso Tú deseas que seamos sólo Dios?  
¿Acaso Tú deseas que seamos hombre a secas?  
¿Es que, acaso el hombre nuevo  
no se asemeja a esa perfecta síntesis de tu Hijo:  
Dios enterrado en la carne,  
carne enterrada en Dios?

Ya sabemos que tu reino se llama Iglesia:  
paciencia de Dios,  
tiempo que nos concedes para errar,  
arrepentirnos,  
almacenar recuerdos,  
para llegar cual vino añejo,  
niños completamente nuevos a tu playa,  
pues tienes más paciencia que un buey,  
y no cuadra contigo la tortura,  
aunque amontones sobre nuestras cabezas  
carbones encendidos de tu amor.

¡Oh si el mundo y la Iglesia acudieran al pozo de Jacob,  
como Jesús, aunque sobresaltado por puta inteligencia,  
para pensar que nuestro siglo ha jubilado a Dios antes de  
tiempo!  
De todos modos,  
antes que amanezca tu reinado,

acaso por la puerta de una hoguera atómica,  
la humanidad no quiere entrar en Tí  
desmemoriada de tus eras,  
pues el hombre es recuerdo de vivos estratos  
y nada es conveniente olvidar  
so pena de hundirnos en la contracultura del consumismo.

Mi Señor:

Edúcanos para ese Reino que ha comenzado,  
desde que trajinaste por Galilea,  
por encima de la Iglesia,  
por debajo de tanta crítica,  
a pelo y contrapelo,  
pero siempre alumbrados,  
más que por el Antiguo Testamento  
(con perdón de los doctos en Biblia),  
por el Nuevo,  
libro divinamente inspirado,  
por el que proclamaste la venida de tu Reino.  
Amén. ¡Aleluya!

9

¿Cómo podemos creer en ti, mi Señor,  
si nunca nadie te ha visto?

¿Eres, mi Señor, Tú mismo, origen gratuito  
y futuro dichoso de nuestra vida  
y de toda nuestra vida?

¿O no eres más que la ilusión de nuestros deseos,  
el ídolo de nuestras apetencias,  
el espejismo de nuestras soledades,  
la resentida proyección de nuestros sueños?

¿Eres, mi Señor, Tú mismo,  
despierta afirmación de toda vida?  
¿O no eres más que el adormecedor opio  
y la imponente protesta de los esclavos desgarrados?

¿Podrías ser, mi Señor, la paz de los amos,  
el sagrado misterio de la explotación?  
¡No, mi Señor! ¡No!  
Más valdría entonces que no fueras  
y que vagáramos en el caos militantes,  
desgarrados y confusos, pero sin Dios...

Si eres, mi Señor, deberías hablar claro,  
deberías gritar incluso...

¿Cómo serán, mi Señor, las palabras claras  
y los gritos urgentes de Dios mismo?

¿Hay en ti palabras,  
hay urgencias, hay deberes y gritos?

Amén. ¡Aleluya!

10

Mi Señor:

Hoy queremos darte gracias por esta bendita tierra que pisamos.

Por los sembrados de cebada y trigo.

Por los viñedos que maduran el vino.

Por los melones de los regadíos.

Por las gallinas de los descubiertos.

Por las montañas que atesoran hierro.

Por las cocinas que huelen a guisos.

Por la mujer y el hombre que hacen hijos.

El pan que tu, mi Señor, nos das  
es el viático más fino mientras dura este camino.

Hoy queremos darte gracias  
por el legendario Melquisedec, rey de Salen,  
que ofreció a Dios pan y vino.  
Por el patriarca Abrahán,  
por las zozobras que penó con Sara en Egipto,  
y la cruel decisión de sacrificar a su hijo,  
el pequeño y ansiado Isaac.  
Por el joven retoño de Jesé,  
el rubio David de Belén que,  
a pesar de ser asesino y adúltero,

transportó en sus riñones el esperado Mesías  
y bailó en calzoncillos ante el arca de Dios.  
Por el amigo más fiel de Yavé,  
Moisés, el tartamudo, hermano de María y Araón,  
que batalló indeciblemente por liberar al pueblo  
de la esclavitud de Egipto  
y se interpuso como otro Cristo  
entre la viva cólera de Dios y la malicia del pueblo.

El pan que tu, mi Señor, nos das  
es el viático más fino mientras dura este camino.

Y ahora, mi Señor,  
aunque me engañen los sentidos,  
rebuznen los asnos, los caballos relinchen, balen las cabras,  
las vacas mujan y se asusten los cerdos,  
queremos adorarte, Jesús sacramentado.  
Porque eres flor nativa de la tierra,  
porque has aproximado al Dios lejano,  
porque eres vena y pulso en nuestra mano,  
gozo desconocido de quien yerra.  
Porque si al mortal que en tu heredad se entierra  
lo haces tan exquisitamente humano  
que, si ayer lobo, es hoy, de nuevo hermano,  
hijo de Dios Padre  
que nunca cierra su eterna casa a nadie de este suelo.  
Aquí te como pan,  
aquí te gusto vino,  
y llega ya la hora,  
ya inminente de ver tu rostro libre de la noche oscura.

La cara dos del Uno y Padre–Madre nuestra  
me gusta tanto o más que la primera:  
huele a buen pan,  
rezuma primavera,  
irradia amor y perdón.

Mi Señor  
que estás por mí tan despojado,  
desnudo y frío,  
apenas pan y vino,  
sin rostro y hermosura,  
tan solo pan blanco.  
Nosotros no comprendemos  
un tan humilde estado.  
Si tu eres Dios,  
encuentro que no atino  
por qué has dejado tu mejor destino  
por un sagrario donde estás cerrado.

Mi Señor:  
No me hagas caso.  
Todo está muy bien.  
¿Qué haría yo con Dios,  
tres veces Santo,  
si pequeñito casi no lo admito?

Señor chiquito:  
Te damos nuestro amén.

Mi Señor chiquito:  
te damos nuestro espanto.

Mi Señor chiquito:  
Tú eres nuestro apetito.

Amén. ¡Aleluya!

11

¡Oh Cruz de los caminos y veredas  
que nos recuerdas la tortura de los esclavos y rebeldes!  
¡Tu presencia nos resulta revulsiva  
porque nos recuerda  
donde murió mi Señor Jesucristo  
para hacernos volver de esa muerte eterna  
a la cual nos conducía nuestros pecados;

Adoramos,  
veneramos  
y nos gloríamos en esa Cruz  
que tú representas para nosotros,  
y por esa Cruz adoramos a mi Señor Jesucristo  
y todo lo que ha hecho por nosotros.

Desnuda nuestro corazón  
para que podamos contemplar las cruces de nuestros  
hermanos,  
los nuevos crucificados de la historia  
y no torzamos la dirección de nuestro camino.  
Hoy,  
mi Señor,  
el proceso de tu muerte continua  
entre nosotros.

Tu Cruz, mi Señor, es plena si la lanzas  
hacia tu Padre, llevando en las balanzas  
rosas de sangre por tu amor al suelo.

¡Oh madero precioso,  
por el cual hemos sido salvados y liberados!  
Nosotros elegimos la Cruz para llevar nuestras obras de  
maldad;  
Él la escogió  
para realizar la obra de la bondad.  
Nosotros para entregar a la muerte, por medio tuyo,  
al que era Justo;  
Él para salvar de la muerte por medio tuyo  
a los pecadores.  
Nosotros para eliminar la vida;  
Él para destruir la muerte.

Que sólo nos gloriemos en Ti

—señal de la Cruz de mi Señor Jesucristo  
opción por ser fiel al proyecto del Padre—  
ahora y siempre.

Mi Señor,  
Te pedimos por tu Cruz  
honradez y valentía  
para caminar en tu misma dirección  
en ese gran vía crucis de la historia.

Amén. Aleluya.

12

Mi Señor:  
Tú eres nuestro Señor y nuestro Dios.  
Eres el único al que hemos entregado todo nuestro ser  
y para siempre,  
sin reserva,  
sin condiciones  
y sin límite alguno.  
Entre las manos de cualquier otro, sería esclavitud.  
Entre tus manos, perderse es encontrarse.  
Nos has seducido y nos alegramos de perteneceros.  
Que nunca retomemos lo que te hemos dado.

Mi Señor:  
Tú eres el único absoluto de nuestra vida,

porque Tú eres sólo amor y nada más.  
El amor no es en Ti un accesorio, sino tu mismo ser.  
Tú que moriste por amor,  
no volverás a morir,  
porque el Padre te resucitó.  
Eres la única ternura realmente fiable.  
Hemos puesto toda nuestra confianza en Ti,  
sin cálculo ni precaución,  
seguros de tu fidelidad.

Mi Señor:  
eres nuestro Amado,  
al que nos sentimos profundamente unidos.  
Penetras en nuestro interior como un aroma.  
Habitas nuestra libertad sin destruirla.  
Te encontramos en nuestra casa,  
vayamos donde vayamos  
y hagamos lo que hagamos.  
Tomamos tu cuerpo y eres Tú el que nos asimilas.

Mi Señor:  
Tú eres nuestro mejor amigo.  
Tú nos conoces y nos sondeas.  
Sabes lo que hay de único e irremplazable en nosotros.  
Nos tomas en serio cuando pecamos.  
Tu perdón nunca es cómplice, sino exigente.  
Eres el único que tienes una loca ambición puesta en  
nosotros:

que seamos santos.

Un día te conoceremos como Tú nos conoces, y eso nos encanta.

Mi Señor:

Tú eres la plenitud que nosotros buscamos,

la luz total,

el sol que hace palidecer a las estrellas.

Tu revelación nos llena

sin tener que buscar fuera complementos o suplementos.

Utilizas toda nuestra capacidad de búsqueda,

porque no se puede dejar de ahondar en Ti.

Tú sólo sacias nuestra sed, avivándola al mismo tiempo.

Agua que apaga la sed sin suprimir el deseo.

Mi Señor:

Tú eres el único empresario

que exige que sus empleados

sean sus amigos,

y que el trabajo sea una consagración total y para siempre.

Eres el único empresario que hace trabajar con medios

pobres.

Apóstol de las manos vacías,

no tenemos ni oro ni plata.

No buscamos proporción entre nuestra fatiga

y el resultado visible.

Estamos dispuestos a gastarnos sin esperanza de éxito.

En tus manos dejamos el éxito de nuestra empresa,

sin haber hecho un estudio de mercado.

Nos contentamos con saber que hacemos tu santa voluntad.  
Amén. ¡Aleluya!.

13

¡Qué osadía, mi Señor!  
Decimos que se cumpla tu voluntad  
así en la tierra como en el cielo.  
Los bienaventurados la practican, sin esfuerzo,  
porque te ven con la madurez alcanzada  
en el hombre nuevo,  
pero los santos gozan de tu rostro  
y no desean nada más.

Nosotros, sin embargo,  
te conocemos imperfectamente.  
Quisiéramos calar en tu hondo misterio,  
más no ha llegado, todavía,  
la hora de nuestra floración final.  
Por eso, no nos queda más remedio que vivir,  
renovarnos de día en día,  
no envejecer demasiado y,  
finalmente,  
morir,  
con la mayor decencia posible,  
sin pudrirnos del todo.  
Deseamos hacer tu voluntad  
como los ángeles del cielo,  
que no pueden pecar,  
mientras Tú sabes que

lo hacemos siete veces cada día

Un poco nos consuela,  
mi Señor,  
no ser tus enemigos.  
Mas como esto sabemos que es bueno,  
deseamos vivir en conversión continua.  
También nos alegra  
saber que nuestro espíritu es cielo,  
renovado al creer,  
y que la carne es tierra rejuvenecida  
por la resurrección de Jesucristo.

Mi Señor:  
todos queremos resucitar,  
transformarnos definitivamente,  
pero nuestra fe es bien débil.  
La buena relación contigo  
—dice la Biblia— no consiste en un pacto  
entre las voluntades divina y humana,  
cuanto en hacer la tuya con la luz  
que de la fe nos viene.  
Lleva a cabo esa férrea soldadura,  
a veces, mi Señor,  
si algún eslabón anda suelto  
y puede malograrse nuestro ataque final.  
También sabes que,  
muchas veces,  
nos sentimos colgados, entre cielo y tierra,  
porque tus sabios  
tanto han desunido la forma y la materia

que lo acertamos a ensamblarlas.

Establece, mi Señor,  
tu paz entre nosotros,  
esa paz que enlaza cielo y tierra,  
por obra y gracia de la sangre de Jesús.  
Nos alegra saber  
que tienes una voluntad como la nuestra,  
aunque desconocemos si en Tí se subleva  
lo mismo que en nosotros.  
De todos modos,  
gracias por la felicidad que nos deseas,  
y si no coincidimos plenamente contigo,  
al menos podemos dialogar,  
ya que entre nuestros planes y los tuyos  
va una gran diferencia.  
Es cierto que perdimos muchas cosas  
en el Jardín del Edén,  
pero no la totalidad de tu imagen y semejanza.  
¡Ayúdanos, mi Señor,  
a hacer en nuestra historia de cada día tu voluntad!  
¡Tu voluntad!.  
Amén. ¡Aleluya!.

14

¿Cómo podemos servirte, mi Señor,  
con entera libertad,  
si nuestra libertad está rota  
y nuestro corazón encarado sobre sí mismo?

¿Cómo podríamos construir tu gloria,  
cuando miramos nuestra fuerza constructora tan inclinada  
a levantar altares a los ídolos y pirámides para los  
sacrificios?

Y a propósito, mi Señor,  
¿qué sentido tiene eso de tu mayor gloria,  
dicho por hombres de libertad esclava  
y corazón encorvado?  
Mucho me temo, mi Señor,  
que lo que resulte mayor sea el ídolo  
y la crecida soberbia...  
Amén. ¡Aleluya!

15

Mi Señor:  
Desconcertados lloramos,  
gritamos y sufrimos  
como hijo perdido que vuelve al Padre,  
y entonces vemos, —terrible hermosura—,  
lo inmensamente bello que es nuestro Dios.

Dios mío, mi Señor:  
¿acaso sóis para nosotros  
sólo conciencia de un horror terrible,  
sueño infantil, tensión mortal, espasmo?

Perdón, mi Señor, por no haberos descubierto como Padre.  
Lava nuestras culpas en tus puras aguas,  
estira nuestro cuerpo en el tendal airoso  
de tu Calvario, — monte el más glorioso—,  
donde al terreno Adán de nuevo fraguas  
con materiales noble y desaguas su amarga hiel  
con el licor sabroso de tu costado, río caudaloso,  
donde nos bañas y la sed apagas.

Te decimos, mi Señor, que nos indigestemos  
si admitimos ser ceniza, polvo y nada,  
donde el abismo mande con su azada,  
porque sería insulto manifiesto.

A ti, mi Dios, alabamos sin pretexto,  
pero nuestra vida es nuestra, y tan amada,  
que no permitimos verla calcinada  
por torpe error ni por sublime gesto.

Tú, mi Señor, nos hiciste Dios y Hombre,  
con libertad por casa, gozne y puerta,  
para vivir en paz y amor contigo.  
Si quieres que bendigamos tu gran nombre,  
en esta vida y tras la muerte cierta,  
sostén nuestra nada y con nosotros quédate.

No quieras, mi Señor, que me atormente

con cruel exámen de conciencia  
o friegue el alma con jabón y sosa cáustica.  
No deseamos auto justificarnos,  
pero no hay vez que nos encerremos en nosotros mismos  
que no nos encontremos con tu rostro limpio  
en lo más hondo de nuestro ser querido,  
y entonces es cuando nos sentimos mal,  
acomplejados,  
listos para aceptar  
lo limitados que somos.  
Amen. ¡Aleluya!

16

Mi Señor:  
En este instante,  
permite que desahogue mi pobre corazón.  
Está herido  
y no sé si seremos capaz de contener su hemorragia.  
Tú sabes, mi Señor,  
al menos así lo creemos,  
que nos cuesta iluminar las ventanas  
de nuestra casa.  
Tú sabes, mi Señor,  
que somos egoístas, sensuales y violentos.  
Tú sabes, mi Señor, que yo lo desconocía,  
cómo desestimaba mi persona y, en consecuencia,  
tampoco apreciaba, como es debido, a los demás,  
precisamente por no vivir,  
día a día, tal cual es, el misterio del ser humano:  
infinito y limitado,

ágil y denso,  
ardiente y oscuro,  
de hueso, carne y espíritu.

Tú sabes, mi Señor,  
la indiferencia en que caigo,  
para no perdonar,  
y cómo suplico tus fuerzas  
para domesticar mi odio y darme en amor.  
Junto a tantas miserias, que las afirmo,  
debemos decirte,  
para no ser injusto,  
ni contra ti ni contra nosotros,  
que amamos, pues nos hiciste para ello,  
a pesar de haber sido educados para no—amar.  
Me recuerdo como un novillo,  
al que apuntaban los tocones de los cuernos,  
pero una masa dura, salvaje e inhumana,  
los obligó a reventar por las patas  
y, desde entonces, coceo y no ceso de hacerlo.  
¿Por qué, mi Señor,  
se ha de obligar a niño a desnacerse  
y fabricarse de nuevo,  
no a imagen y semejanza de Dios,  
ni de sus padres, sino a la medida de la cox  
que hombres necios hundieron en su cuerpo?  
Gracias, mi Señor, por no negarme arrestos  
para mugir hacia interiores y afueras,  
pero Tú sabes qué amargo es el flujo de la hiel  
por los raíles de la sangre.  
Gracias a Ti, mi Señor,  
no me envenené del todo,

ni maldije ni de Ti ni de mí,  
pues ahora rumiaría en pesebrera de odio y,  
quizá, ni recordara que eres mi Padre.

Por todo esto, mi Señor, y más cosas que silenciamos,  
perdóname Tú, perdóname yo,  
enemigos y amigos,  
y cuantos dejamos de amar por ser torpes al hacerlo.  
Pero siempre te daremos infinitas gracias,  
mi Señor,  
porque eres providencia y porque vigilas  
la grande y pequeña circulación de nuestra sangre.  
En fin, mi Señor, que puedes mandar Tú lo que quieras.  
Danos energías para amar,  
porque es primario.  
Ayúdanos a sufrir, porque, quizás, también es necesario.  
Ayúdanos, mi Señor,  
en amor y no amor,  
porque sin Ti, somos tan torpes que,  
en vez de amor trasmitimos odio,  
destrucción y muerte, en vez de vida.

Del Génesis al Apocalipsis,  
la Biblia es una bella carta de amor  
escrita por Dios al corazón de todo viviente.  
Nada más evidente y difícil probar lo contrario.  
Pero, tampoco hay quien lo niegue,  
del final al principio  
la Biblia es historia de prueba y tentación:  
¡Oh mi Señor, nos pusiste a prueba,  
nos refinaste como refinan la plata,

nos empujaste a la trampa,  
nos echaste auestas un fardo:  
nos los pusiste a cabalgar encima,  
pasábamos por fuego y agua,  
pero nos has dado respiro!  
¿Por que nos pruebas mi Señor?  
¿Es que ignoras el punto preciso de nuestra fidelidad?  
¿Eres como los campesinos, que uncen primero  
el caballo que van a comprar?

Mi Señor:

Líbranos del Maligno que puede hundirnos  
en la más negra noche.  
Si nos dejas, mi Señor, refuerza nuestra vida  
para que no estalle en tropezos  
y podamos distinguir,  
en la arboleda de signos tan variados,  
esas veces que desde el Bien y el Mal vienen,  
ya que debemos elegir una tan sólo entre dos.

Amén. ¡Aleluya!

17

¿No será, mi Señor, más humilde y verdadero  
un creer con menos totalidad y menos canto,  
con menos servicio y más rebelión,  
con menos sol y más noche?

¿No hay más realidad, mi Señor,  
en los sobrios esfuerzos de una pequeña libertad  
vagabunda,  
que en las palabras mayores e imposibles,  
de la entera libertad y entrega plena?  
¿Se asomó alguna vez el Poverello de Asís  
a la atroz vida humana en que vivimos hoy?  
¿Aprendió algo el noble soldado de Loyola,  
en Manresa o en París,  
sobre los pantanosos y pestilentos lodazales  
en que se hunde nuestra libertad, nuestra memoria,  
nuestro entendimiento  
y toda nuestra voluntad?

18

Mi Señor:

¿Como podremos creer en Ti cuando sufres?  
¿Cómo podremos contemplarte con serenidad  
en el momento de tu flagelación?

Han pasado muchos años,  
y no nos conmueve  
tu dolor hecho pregunta.  
Ver tu cuerpo destrozado  
nos tendría que bastar para decidir  
una profunda reforma de nuestra vida.

¿Por qué eres castigado siendo inocente?  
Somos nosotros los que hemos pecado,  
¿por qué has de cargar tú con nuestras culpas?  
Nosotros merecemos los azotes mil veces  
por haber sido la causa de tanto sufrimiento y tormento  
que tu pasaste por nosotros.

No pases de largo, mi Señor, sin consolarnos  
con la abundancia de tu gracia.  
Te bendecimos  
por tu infinita bondad y misericordia.  
Te adoramos porque,  
al anonadarte de esa manera,  
nos muestras mejor  
que con cualquier explicación el amor insondable  
de Dios nuestro Padre.  
Alanos, mi Señor, contigo,  
con lazos de amor,  
a la columna sólida de la voluntad del Padre.  
Y ayúdanos a perseverar allí,  
venga lo que venga,  
en tu compañía.  
Amén. ¡Aleluya!

19

Con tu sabroso pan, mi Señor,  
alienta nuestra indecisa voluntad.  
Reconstruye nuestro cacharro  
que rompemos sin querer.

Instruye nuestra ignorancia con tesón.  
Cimenta tu santa ley  
en todo cuanto inventa el genio humano.  
Al corazón arguye,  
si yace en oscura niebla  
y distribuye las riquezas con peso y justa renta

Mi Señor:  
Que no sembremos de razones el amor.  
Ensordece los oídos a la mentira.  
Enlaza nuestras manos con el perdón.  
Inspira soluciones para la paz.  
Que allí donde hay vencidos,  
mi Señor,  
esté presente tu Cristo y los cristianos.  
Libéranos de la prisa,  
y revístenos de tu calma,  
para que no desnudemos el alma  
para vestirla de payaso.  
Nuestra fe precisa de la misma  
y más constancia que el pobre  
que echa una instancia  
y no tiene otro dinero  
que la cosecha de enero sometida  
a intemperancia del clima.

Mi Señor:  
¿por qué estoy tan dividido  
y a merced de varios dueños?  
¿Es que Tú nos has redimido  
con la sangre del costado el desastre del pecado?

¿Acaso el Maligno es más fuerte que Tú?  
¿Por qué alza la muerte contra el hombre su cayado?  
Por más que abunden días claros y oscuros,  
no podemos ser tan ciegos y desdichados  
que no divisemos a Dios a nuestro lado  
librándonos de mofas y de apuros.  
A veces nos deslizamos por nuestros muros  
y caemos en pozos negros, aprisionados,  
y gritamos de dolor, por si el amado dormita en paz  
y no oye nuestros conjuros.  
Cuando llegan las noches del calor del estio  
nos llega del rumor de la enramada,  
un trino envuelto en voz de nieve y brisa.  
Venturoso pajarillo,  
decidle a mi yo más quiero  
que me saque de este enredo  
que me cerca con su anillo.  
Decidle que le espero en la vaguada  
donde sabe que las voces silban roncadas  
y tan veloces que me temo una emboscada.  
¿Por qué si el hombre es pan blanco, amasado en fina  
artesa,  
cómo al partirlo en la mesa resulta negro en un flanco?  
No me dejéis, mi Señor,  
tan manco pues necesito dos brazos para abrocharme  
los lazos que unen el cuerpo y el alma dividido en pedazos.

Mi Dios y Señor:

¿No sabes que los ríos, al descender a la mar,  
disminuyen su cantar, olvidados de sus bríos?  
¿Tú no sabes que los míos aminoran, lentamente,  
mientras Tú, quedo y paciente, llamas,

sin oír mis quejas y doloridos me dejas  
a la merced de la corriente?  
Si el sedal de la Cruz trenzó en bordado  
todas las cosas,  
¿cómo estamos heridos en lo profundo  
de nuestro ser querido y digo sí por no, mi Dios amado?  
¿Seguro que has unido los aros?  
¿Por qué me encuentro, pues, tan desunido  
si recogiste cuando adán estaba tirado?  
No creo que blasfeme, mi Señor,  
si digo que el joven Nazareno, en su desgaste,  
no pudo restaurar a fondo el suelo.  
Y aunque vertió su sangre y agua,  
sigo sin ver, por más que en alta Cruz lo alzaste,  
el pacto prometido por el cielo.

Mi Señor:  
Te lo suplico con cariño.  
Restaura este cacharro roto.  
Que el Santo Pneuma,  
tu Espíritu divino,  
encienda en nosotros su brillo  
y nos posibilite, al fin, entender tu eterna melodía.  
Amén. ¡Aleluya!

20

¿Cómo podría, mi Señor, creer en Tí?  
En Tí mi Señor, y no en el ídolo.  
Creer, mi Señor,

y no soñar,  
ni proyectar,  
ni encubrir,  
ni tan siquiera ver,  
sino creer, tan sólo creer.

¿Cómo, mi Señor?

21

¡Señor de la vida y de la muerte,  
Salvador de los hombres!  
¿Qué sentiste al ser despojado de tus vestidos?  
¿Indignación, pena, desamparo?

Ahora  
estás desnudo y sujeto por tres clavos  
al terrible madero de la Cruz,  
sin tener donde reclinar tu cabeza coronada de espinas.

Fueron tres horas amargas para ti,  
de oscuridad, de abandono, de injurias y dolores.  
La sed, la axfisia, la rigidez tetánica  
de tus miembros martirizados,  
y ese pueblo que se burla de ti,  
pidiendo que bajes de la Cruz.

¡Oh misterio de amor  
del Cordero inocente y frágil!  
Morir no te fue fácil.  
nosotros, bien sabes,  
tenemos un horror instintivo a la muerte,  
porque nos creaste para Vida.  
Por esa agonía aceptada libremente  
en obediencia al Padre,  
queremos, mi Señor,  
Redentor de los hombres,  
aceptar nuestra enfermedad, agonía y muerte.

Que la muerte no sea para nosotros lo inevitable,  
ante lo que nos sentimos impotentes,  
sino una ofrenda —la definitiva al Padre—  
de todo nuestro ser,  
y el sacrificio último de nuestra obediencia.

Permítenos que nos acerquemos a las llagas de tu costado,  
y bebamos con gozo en las fuentes de la salvación.  
Enséñanos cómo debemos vivir para ti,  
sirviéndote en nuestros hermanos  
hasta desgastar nuestra vida  
por la salvación de los otros.

Dáanos ojos contemplativos  
-- esa mirada de Dios--  
que nos permitan abismarnos en el misterio  
de tu corazón traspasado y profundizar en su secreto.

Tu muerte, mi Señor, es nuestra salvación.  
Amén. Aleluya.

22

Mi Señor:  
por nosotros has querido hacerte escarparate de todos los  
pecados  
y maldades que cometemos.  
Para que contemplando en ti las huellas que han dejado,  
nos horroricemos de ellos y los repudiamos.

Tu aspecto es lamentable  
y mueve a compasión a un pagano como Pilato.  
Tanto él como Juan el Bautista te señalan con el dedo.  
La voz del Padre te manifiesta y nos manda que te  
escuchemos.

Tú has salido fuera, con la corona de espinas.  
Así has querido dejarte ver por nosotros, para mostrarnos  
el verdadero camino:  
aquel en cuyo fondo se divisa  
—como faro, como señal, como meta—  
la Cruz, y por el que no hay peligro de extraviarse.

Eres juzgado,  
sin misericordia,

por el pueblo que pide tu muerte.  
Te gritamos:  
¡Crucifícale!  
¡Crucifícale!  
Llénanos de humildad  
para que aceptemos la salvación que nos traes.

Todavía es tiempo de conversión.  
Mañana vendrás, Señor, como juez a juzgar a tu pueblo  
mañana nos harás ver cada marca,  
cada herida,  
que nosotros y nuestro prójimo dejamos impresa en tu  
cuerpo.  
Enséñanos, Señor, a conformar nuestra vida  
en la escuela de tu amor.  
Amén. ¡Aleluya!

23

Permíteme, Señor, ser insensato.  
Voy a decirte las condiciones de mi fe.  
Hasta se me antoja pensar que son las condiciones  
—algunas al menos—  
con que Tú mismo has querido limitarte  
para entrar en la carne atroz y bella de los hombres.  
No estoy seguro, Señor,  
pero quizás te hablo así porque estoy borracho  
de un vino que no he vivido.  
Pues, ¿quién puede embriagarse de ti mismo  
y seguir vivo?

O quizás sí que he bebido, y me he hartado,  
aunque a oscuras, porque es de noche.  
No sé, quizás te hablo así  
porque en algo me duele el injusto dolor de las multitudes,  
al que apenas me he acercado.  
¿Eres tú mismo, quien clama ahí?  
Más seguro es, mi Señor,  
que te hable así,  
porque me siento herido de muerte  
por un egoísmo que sí es mío.  
A un condenado a muerte, Señor,  
tú no lo desprecias,  
ni le exiges precisión y sobriedad.  
Déjame, pues, ser insensato y decirte:  
Para creer en Tí, mi Señor, es necesario que...

24

Es necesario, mi Señor, para creer  
en el que nunca nadie ha visto,  
que Tú mismo ovillaras tu misterio santo  
en alguien de nuestra carne y nuestra sangre,  
y que ese hombre común  
—sí, ese hombre común—  
fuera deshilando tu abismo,  
despacito, codo a codo,  
por los caminos atroces y bellos  
de esta tierra extraña.  
Alguien, mi Señor, que rompiera los ídolos,  
decepcionara los deseos,  
quebrara los espejismos y sueños,

y que sin embargo, mi Señor,  
nos subyugara con una extraña cercanía.  
Si esto sucediera, mi Señor,  
nos asustaríamos,  
lo-Te preferiríamos lejano e invisible,  
lo mataríamos quizá de nuevo  
y nos abrazaríamos a los ídolos,  
ilusiones, espejismos y sueños,  
o con habilidad milenaria  
maquillaríamos su rostro con la cosmética  
misma de los ídolos.  
Pro a pesar de todo,  
mi señor,  
su memoria renacería subversiva,  
una y otra vez,  
y quizás nos atreveríamos  
a dejarnos encontrar por Él...

25

Para que mis labios se llenen de cantos,  
aquel hombre tuyo y nuestro,  
mi Señor,  
debería trabajar esta tierra con sus manos.  
¿Hombre común, había dicho?  
No, mi Señor, no bastaría eso:  
debería ser un pobre,  
uno de la multitud,  
uno de los condenados de la tierra.  
Sus entrañas se irían llenando de un dolor sin límites  
y de una indignación mortal.

Y sin embargo,  
el pobre aquel seguiría cantando y esperando.  
Un día de su dolor y su canto,  
de su indignación y su esperanza,  
brotarían urgentes la palabra y la acción.  
Sus palabras serían sencillas e insondables.  
Despertarían la esperanzas sepultadas.  
Veneros de alegría subterránea brotarían  
en medio de los pobres,  
y los ríos del dolor humano  
lo cercarían anhelantes.  
Los piadosos y los decentes,  
se asustarían pronto:  
amenazados y despojados de sus falsas razones  
dirían que no,  
que no puede ser.  
Y aquel pobre tuyo y nuestro tendría que luchar:  
con los poderosos, los ricos, los piadosos.  
Se iría metiendo en el espesor de lo real.  
Chocaría con el poder de lo inhumano, inmenso,  
onmipresente.  
¿Podría meterse libre en medio de tales redes,  
engaños y cadenas?  
¿Podría seguir cantando en medio de la lucha?  
Quizá tendría que buscar tu rostro cada noche.  
¿Lograría encontrarlo metido hasta el final en esta tierra  
dura?  
¿Podría mantenerse solidario y no desesperar de nosotros  
como de raza maldita?  
Supongamos, mi señor que se mantuviera libre.  
que la solidaridad perseverara.  
que en medio del desierto lograra encontrar  
cada noche tu rostro misterioso.

Con todo esto: ¿tendría éxito?  
¿Reconciliaría a los hombres?  
¿Sería el más fuerte?  
¿Congregaría a su pueblo en un banquete compartido?  
¿Se llenarían de canciones los labios de todos?  
Me temo, mi señor, que no:  
aquel pobre tuyo y nuestro fracasaría.  
Iría siendo aplastado por el poder de las tinieblas.  
¿O entraría en ellas con una impensable libertad?  
Se volvería silencioso.  
La angustia lo invadiría sin remedio.  
Los piadosos, los ricos y los políticos  
los descalificarían  
y lo matarían fácilmente.  
Sus propios amigos se sentirían decepcionados.  
Y se irían.  
Y de sus labios no brotarían cantos, sino gritos.  
Con el grito final del abandono todo terminaría...  
¿Terminaría?

26

Ayúdanos, mi Señor crucificado, a situarnos al pie de tu  
Cruz,  
descubriendo en su horror todo el amor de tu entrega.

Por esa sangre  
que mana abundantemente de tus pies y manos,  
perdona la multitud y gravedad de nuestros pecados.

Cada gota de tu sangre  
tiene un mérito infinito  
y podría haber bastado para redimir al mundo entero.  
Tú perdonas a quien te atormenta  
y prometes el cielo al ladrón arrepentido  
que solo pide que te acuerdes de él.

Jesús crucificado:  
nos sentimos perdonados y salvados,  
permite, amado Jesús, que concentremos todas nuestras  
fuerzas y todo  
nuestro afecto en amarte sobre todas las cosas.  
Queremos tener siempre presente  
las últimas palabras tuyas en la cruz,  
— «Padre, perdónales porque no saben lo que se hace»--.,  
y hacerlas vida de nuestra vida,  
carne de nuestra carne.

Danos la gracia del amor perfecto, con el que seamos  
capaces de perdonar a  
los que nos injurien. Amén.

27

Mi Señor,  
después de aquella Cruz y de aquel crucificado,  
necesitamos una nueva creación.  
Y esto, mi Señor, ya es lo impensable.

Porque no se trataría de otra tierra y otros hombres.  
¿Cómo echar a la basura el dolor de esta tierra y estos  
hombres?  
¿Cómo abandonar en el sepulcro a aquel pobre tuyo y  
nuestro?  
No puedes, mi Señor, desechar como inservible esta carne  
nuestra.  
Cualquier nueva creación  
que dejara ésta como un capítulo cerrado,  
sería la obra de un demiurgo olvidadizo y cruel:  
¡no somos la plastilina  
de un monero torpe,  
sino la carne atormentada  
que anhela la libertad o el suicidio!  
Sería necesaria, mi señor,  
una creación nueva que fuera la misma vieja creación.  
Pero por más que pienso e imagino  
eso me parece un contrasentido.  
A no ser mi Señor, que tú seas Dios  
de un modo extraño e insondable,  
y que ames a esta carne nuestra atormentada con la misma  
terca fidelidad  
de tus abismos.

Entonces tú mismo, dolorido y fiel, despertarían a aquel  
pobre tuyo y nuestro, muerto en el abandono y en la Cruz.  
Lo despertarías a  
él mismo, traspasado y herido, denso y carnal, para darle  
la dimensión  
impensable de tu propia irradiación. El gozo inundaría la  
carne.... Y en

ese despertar del Pobre, toda carne recibiría la caricia creadora de Ti mismo. La vieja carne de la raza maldita, tendría que irse encaminando a su destino final: carne hecha luz, olvido de sí mismo en el amor, liberación de la libertad.

28

Tu sabes mi Señor, que cuando rezo estoy haciendo trampa.  
Nadie puede hilvanar en subjuntivo la insondable historia de Jesús el nazareno.  
En ninguna palabra cabe el escándalo terrible de su muerte.  
Y toda la gramática se rompe al acercarse apenas a la resurrección de los muertos y al vislumbre de tu gloria.  
¡Qué insensatez: decirte las condiciones de nuestra fe!  
¡Que todos logos calle y escuche el indicativo exacto de tu logos impensado y real!  
¡Ningún lingüista sabrá qué es aquello:  
Bienaventurados los pobres!  
Hegel debe callarse el Viernes santo.  
¿Es la muerte de Jesús un momento dialéctico?  
El análisis de Marx lo ignora todo sobre el poder de entregar la propia vida y cargar con el pecado del mundo.  
¿Dónde están los medios de producción del pan de vida?  
El mismo Freud tiene que enmudecer

ante el mandato del amor hecho carne en Jesús.  
¿Con qué libido se ama a los enemigos?  
¿Cuál superyo apoya la esperanza contra toda esperanza?  
¡Que se callen los teólogos también!  
¿Qué es eso de una «cristología trascendental»?  
El Salvador Absoluto, ¿es un concepto a priori...  
El bueno de Kart Rahner estuvo también haciendo trampas.  
En el fondo también se puso a contar,  
con unos subjuntivos muy germánicos,  
la indeducible historia de Jesús.  
Y el viejo zorro hasta decía que  
estaba haciendo trampa.

29

María, Madre nuestra,  
Madre Dolorosa:  
de pie, junto a la Cruz,  
tu conoces nuestras penas,  
penas de un pueblo que sufre.

A tí  
también ha llegado el momento de vivir el dolor,  
la soledad y la muerte.  
Estás junto a tu Hijo agónico, moribundo y muerto  
librando la última batalla de la fe.  
Si tú estabas junto a la cruz —de pie, sin caerte--  
es que nos amas de veras,  
es que el pecado de nuestras vidas  
llega hasta tí,

Virgen purísima,  
Madre Inmaculada.

Viendote sentimos renacer nuestras fuerzas.  
Te vemos, mujer fuerte y valiente.  
Tú presentaste al Niño a su Padre en el Templo,  
hace muchos años,  
llena de alegría.  
Ahora se lo vuelves a presentar,  
sin vida, cuando tu alma está atravesada,  
con los mismos sentimientos de ofrenda,  
con el mismo deseo de cumplir su voluntad.

¡Dichosa, tú, Virgen María,  
cuya fe fue superior a la de Abrahám  
y a la de todos los justos!

Por tu obediencia y amor te has hecho digna de ser  
asociada  
para siempre a los méritos de la Pasión de Jesús.  
Místicamente has sido crucificada con Él,  
y si vives todavía después de tan atroces dolores,  
es porque él quiere que seas la Madre de la Iglesia  
naciente,  
nuestra Madre.

Enséñanos a sufrir con paciencia las contradicciones y la  
soledad.  
Y después de este destierro,

muéstranos al fruto bendito de tu vientre, Jesús.

Amén. Aleluya.

30

Jesús Nazareno:

Ha llegado el momento de emprender la marcha.

La cruz te espera.

Los verdugos han preparado todo en el Gólgota.

Has recorrido las ciudades y caminos, siempre a pie,  
esparciendo como buen sembrador, la semilla de tu  
Palabra.

Ahora te queda realizar el último tramo, el más difícil  
pero el que más ansiabas.

Por eso levantas hoy tus ojos nublados al cielo  
y le dices más de una vez a tu Padre:

Hágase tu voluntad.

Y a continuación cargas,

sin ofrecer resistencia,

con la cruz que cada día te vamos imponiendo.

Con la cruz de nuestras rebeldías y miserias,

con la cruz de nuestra muerte y nuestro egoísmo.

Concédenos la gracia de aceptar tu cruz

cada día y de seguir tus huellas.

Si el camino es áspero

nos consolaremos pensando que tú lo recorriste primero.

Amén.

31

¡Jesús es el Señor!

Sólo en el Espíritu Santo puede decirse:  
Jesús es el Señor

32

Jesús Nazareno:

La Cruz pesa lo mismo que el pecado  
El camino es duro y largo,  
y Dios cae de amor bajo el peso del madero.  
Has besado el polvo que pisamos una y otra vez más.  
Dios está en tierra.

Mi Señor:

Enséñame el camino que tu recorriste.  
Que elija amar en vez de odiar,  
sonreír en vez de refunfuñar,  
construir en vez de destruir,  
perseverar en vez de detenerse,  
alabar en vez de murmurar,  
sanar en vez de arrebatarse,  
actuar en vez de dilatar,

rezar en vez de desesperar,  
perdonar en vez de maldecid.  
Mi Señor:  
Enséñame a vivir tu Evangelio  
hasta la muerte para pasar a la Resurrección.

Una vez más crucificados  
y crucificados para vivir.  
Los nuevos crucificados de la historia  
también besan, una y otra vez, el polvo del camino:  
la marginación, el arrinconamiento, el desprecio, el  
pisoteo  
de los que obligan a llevar sin consideración la Cruz.

Señor:  
Esta tierra nuestra la has fecundado con tu sangre;  
esta tierra — que es nuestra pobre humanidad  
y que has querido divinizar-- asumiendola  
conviértela en polvo, pero polvo enamorado.

Enséñanos,  
Maestro nuestro,  
a aceptar tu Cruz y seguir el camino  
que nos conduce a la muerte para vivir tu Resurrección.  
Siempre sin protestar,  
sin desfallecer,  
sin murmurar,  
por pesada que sea.  
Porque no hay nada que deseemos  
con más fuerza que el ser tus discípulos.

Quien quiera ser mi discípulo que tome su cruz y me siga,  
nos dijiste.

Que carguemos sobre nuestras débiles espaldas  
todo el sufrimiento y muerte de nuestros hermanos  
porque cómplices somos del pecado del mundo.

Tú viste en ese leño pesado que te cargaron nuestra  
salvación,

y por eso lo tomaste decididamente.

Jesús que abrazaste con amor la cruz,  
enséñanos a caminar siguiendo tus huellas.

Que aprendamos a descubrir la miseria  
de nuestra grandeza

y a pronunciar con nuestros labios palabras  
de perdón y gracia.

Si el camino es áspero, nos consolarnos pensando en ti.

Amén. Aleluya.

33

Mi Señor:

Mi corazón es un fanal guardado,  
recorro este fugaz tiempo de búsqueda  
perdiendo cada día mi camino  
por valles y colinas.

Con súbitos relámpagos que breve luz me ofrecen.

A tientas casi siempre, con los ojos  
palpando las entrañas de la noche.

Perdóname, mi Señor.  
No sé cómo dirigirme a Tí.  
No encuentro  
las palabras tan nuevas como necesitaría  
para sentirme puro y sin historia  
como una flor que brota,  
como pájaro virgen que se eleva  
con el temblor feliz del primer vuelo.

Te estoy buscando, mi Señor, con pisada antigua,  
usada y recosida.  
Sé que están en el viento y en el fuego.  
Y en el agua también.  
Y en la mirada de tierra transparente que es el hombre

.  
Pero miro en el y en el agua,  
en el hombre y en el viento  
y no encuentro el destello profundísimo  
que yo espero sentir en tu presencia.

Tengo miedo a saber que no te quiero  
como pienso que tiene que quererse  
nada menos que a Dios.

Mi Señor,  
perdona mi torpe atrevimiento.  
Porque pienso encontrarte me desgarró  
con temor hasta el fondo  
seco de las entrañas de mi noche,  
rastreado entre tinieblas  
esta sedienta búsqueda que fluye  
de mi desasosiego.

Regálame, mi Señor, una palabra  
que me llegue sin voces intermedias.  
Ven a mi corazón por el camino  
más sencillo y más corto.  
Doblégame de amor la sangre indómita  
y acopla en mis ojos una venda  
—de seda o de arpillera--  
que no me deje ver a los que dicen  
que Tú eres Tú y son como son ellos.

Que dentro de un latido o en el vuelo de un átomo,  
en la mañana que está al sol tendida  
o en la noche con luna,  
o en el lodo del río o en la nieve pisada,  
o en la sonrisa intacta de una mujer y un hombre,  
pueda encontrarte un día.

Rompe el cristal de mi fanal y enciéndeme  
dentro del corazón tu hoguera viva,  
antes de que termine, mi Señor, mi cuesta abajo.  
Haz que en este fugaz tiempo de búsqueda  
consiga descubrir cuál es el triunfo  
para ganar en el difícil juego  
sublime de tu encuentro.  
Amén. ¡Aleluya!

34

Ahuyenta ya, mi Señor, de tu mirada  
esos rojizos pájaros tullidos.  
La bandera con su lazo de luto de tu carne  
arríala, mi Señor, de tanta angustia.  
No des un paso más.  
La tierra espera hambrienta tu tercera caída.

Si tú quieres, mi señor, no habrá madero  
que anclado en lo más alto de la tierra

pueda alcanzar la altura celeste de tu hombro.

Espántales a todos con la erguida  
gallardía de lirio de tu paso.  
Hazte de luz y deja la Cruz a la orilla:  
que la lleven los hombres  
mullida en gordos hombros redondos de pecado.  
No des un paso más.  
Ya por dos veces  
la lija de la tierra  
lamió con torpe diente tus heridas.  
Por dos veces tembló el orden geométrico  
de todos los espacios,  
cuando tu frente derribada y rota  
se humilló hasta el silencio  
de ese barro que un día convertiste en sonido.  
No avances más, mi Señor.  
Ya no hay remedio.  
Ya te ha atado la tierra nuevamente  
la frente a sus entrañas,  
sedientas del latido luminoso  
que en sus sienes advierte.  
Y yo, que estoy gritando de labios para fuera,  
te empujo y te sujeto caído cada día,  
mi corazón izando su madera  
para añadir más cruz.

Has caído tres veces, mi Señor.  
Estás tan débil  
que puedo aprovecharme.  
Con mi pie desmedido tapando tu mirada

puedo sacar de mis corrales íntimos  
los corceles salvajes de mi sangre,  
y ver ansiosamente florecidos  
los caminos prohibidos de mis pasos.

Los arcángeles clavan  
sus agudas espadas en mis uñas.  
Los mártires me arrojan a los ojos  
la arena ensagrentada de su muerte.  
María, con la esponja de su mano  
me limpia la saliva de mí mismo.  
Y no quiero entender que Dios Padre tres veces  
dejó caer a Cristo,  
para que sus caídas me arañasen  
esta costra de tierra que es mi cuerpo.

Amén. ¡Aleluya!

¡Santísimo Cristo de la Piedad!  
Todo parece que ha terminado con tu muerte.  
Has descendido a tu última morada,  
allá donde no cabe más descenso.  
No quiso Dios la muerte y lo matamos,  
le dimos Cruz al Hijo, burla y saña,  
y allí en la Cruz se vio que fue más grande el amor de  
Dios  
que la culpa humana.  
No quiso Dios la muerte...  
y muerte tuvo.

Sin embargo,  
el final no está en la cruz, en la muerte en el sepulcro.  
La muerte no es el final del camino.

En el sepulcro está germinando la vida.  
En él tenemos que enterrar nuestros desamores,  
nuestras injusticias,  
nuestras infidelidades,  
en definitiva  
nuestros pecados  
para que por la fuerza de tu Resurrección gloriosa  
nos alejemos  
de todo lo que te desagrada,

y muramos a nuestro amor propio.

¡Cristo de la piedad!

Tu has obrado ya esa maravilla el día de nuestro bautismo;  
Tú ese día realmente nos sepultaste en tu muerte  
y renacimos siendo criaturas nuevas.

Ahora creemos que tu Padre nos mira  
con inmenso amor,  
y cuando nos ve es a Ti a quien contempla.

Sin embargo tu Pasión no ha terminado del todo.  
Saliste del Padre y viviste entre nosotros,  
nos diste todo: lo último tu Espíritu.  
Hoy nuestros hermanos siguen completando en sus carnes  
lo que falta a tu pasión.  
Que no nos quedemos ante el sepulcro  
buscando entre los muertos al que vive.  
Imprime en nuestros corazones  
la fuerza de las cinco llagas de tu pasión,  
para jamás olvidarlas.

Amén.

Con tu Pascua, Señor comenzó nuestra pascua.  
Nuestra pascua no culmina en el cuerpo crucificado  
y sumergido en la sepultura.  
Nuestra Pascua alcanza su plenitud en el cuerpo glorioso  
que rompe la piedra sepulcral  
y se abre a la esperanza inquebrantable.  
Muerte, ¿dónde está tu victoria?  
En tu llagas resplandecientes de Crucificado,  
llagas ya resucitadas,  
herencia eterna de los hijos del Padre  
y de los hermanos del que fuera condenado  
está nuestra vida sumergida.  
Tu, Cristo muerto y resucitado,  
amor hasta el extremo,  
eres el Cristo resucitado y triunfante,  
divinidad hasta la saciedad.

Nuestra vida como creyentes no puede permanecer  
en las muertes y sepulturas:  
o vivimos el gozo de la resurrección  
o hemos marchitado nuestra vida.  
morimos para vivir.  
Nos entregamos para saciarnos.  
Nos vaciamos para disfrutar de la plenura.  
Más aún, en el hueco de toda cruz,  
en la soledad de todo sepulcro,  
haznos disfrutar del manantial de tu gloria

Señor:  
Enséñanos la sabiduría de la Cruz,  
que es sabiduría de Resurrección.  
Muéstranos al Resucitado en el Crucificado.  
Despliega la belleza del Hijo embellecido ante mis ojos,  
tantas veces tristes y desorientados.  
Porque queremos pasar por el mundo,  
por la vida, por los hombres siendo instrumento de  
resurrección.  
Queremos poner vida donde hay muerte.  
Y suscitar esperanza donde hay desesperación.  
Y detectar el bien ahí donde casi todos ven el mal.  
Y animar, sosegar, serenar,  
en lugar de hundir todavía más a las personas.

Déjanos sentirnos resucitados  
para proclamar resurrección a todas las gentes.  
Entonces la Pascua entera habrá pasado por nosotros.

Sin recortes.

Sin falsificaciones.

Sin arrugas.

Y toda nuestra vida será un cántico de gloria desde la más quebradiza realidad. Desde la Cruz y el sepulcro, camino de la casa del Padre, donde nos esperas tú, Señor Resucitado.

37

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Tu estilo de vida, Señor, no podía morir

Tu programa, tus dichos y tus hechos no podían fracasar.

El Padre puso en pie tu estilo de vida para el hombre.

El hombre nuevo,

la utopía del hombre tenía que ser proclamada.

El amor, la verdad, la misericordia,

tenían que seguir viviendo.

El Padre te resucitó en la fuerza del Espíritu de vida.

Venció el amor sobre el odio,

la luz sobre la tiniebla.

De la imposible surgió lo posible;  
de la derrota, la victoria.

Con tu Resurrección, Señor, la historia entra  
en un nuevo proceso de novedad.  
La escatología se hace presente en la historia del hombre.  
El mundo se impregna de la fuerza de la Resurrección.  
El hombre alcanza en tu Resurrección la plenitud del ser.

Tu, Señor, has vencido el último enemigo del hombre: la  
muerte.  
El hombre se ha hecho libre, sin limitaciones.  
Tú eres el Señor de la historia.  
Tú eres el acontecimiento central del hombre.  
Tú eres el liberador del corazón humano.  
Tú lo haces todo nuevo: nuevos cielos y nueva tierra.  
Tú eres el Cristo que asume la nueva humanidad.  
Tú eres el Testigo fiel, el alfa y omega del hombre.

Señor Resucitado,  
queremos vivir tu estilo nuevo de ser hombre.  
Queremos hacer de tu programa norma de nuestra vida.  
Queremos comprometernos y vivir tu Reino.  
Queremos dar la vida para crear vida.  
Queremos ser hombres nuevos en un mundo nuevo.  
¡Aleluya! ¡Aleluya!

Jesús, Salvador de todos los hombres:  
Cayó la losa sobre nuestros muertos  
y sus restos se sepultaron en tierra.  
No les vemos.  
Nuestros ojos se llenan de lágrimas.  
Pero nuestra fe nos dice que  
la muerte no es el final del camino.

No les vemos pero creemos sinceramente que el Padre,  
más que la madre tierra, los ha recogido en sus brazos.  
Son infinitud de amor que amando crece.  
Amor de Dios que nos sostiene, fortalece y redime.

Tú moriste echándote, sin sentirlos,  
en los brazos de Dios Padre.  
Pero ellos estaban esperándote al otro lado.  
Tú no te hundiste en la tiniebla,

no caíste al abismo sin fondo de la nada.  
Te acogió tu Padre, te inundó su gloria.  
Y tu muerte, vencida por la Vida, fue victoria  
para nuestra muerte.

¿Dónde está muerte tus despojos  
en dónde está tu risa, tu sarcasmo?  
Cristo luminoso  
enciende con su cuerpo nuestros ámbitos,  
inunda el universo,  
y por Él, con Él y en Él resucitaremos  
y Dios es todo en todos,  
festín y paz y canto reposado.

Realmente, nada es capaz de echarte  
para atrás en tu designio de darnos Vida.  
Ya nada podrá separarnos de tu Amor.

Por eso, ante el sepulcro sellado de nuestros muertos  
--oh muerte vengadora--  
arde la llama de nuestra esperanza,  
que tú prendiste en nuestros corazones.  
Te pedimos que ésa sea la luz con la que andemos por la  
vida  
y la llama que nos mueva a seguir tu misión,  
hasta que nos encontremos cara a cara.

Amén. Aleluya.

Señor Jesús:

Muerto en la Cruz por nosotros,  
al inmolarte en el Calvario por todos los hombres,  
nos revelaste las fuentes de la vida inmortal.  
Que el misterio e tu pasión ilumine nuestra existencia,  
preparándonos para seguirte por el camino  
de la santidad y del amor.

Con tu Madre, María que vivió el momento del  
sufrimiento en la Cruz  
te damos gracias y te pedimos que reavives en nosotros su  
fe.  
Enséñanos como ella a reconocer y a aceptar  
los designios de tu providencia arcana  
en la vida de todos los días.

Danos la valentía de confesar nuestras culpas

y abre nuestro corazón al arrepentimiento,  
para obtener el don de tu misericordia.  
Impúlsanos a perdonar a nuestros hermanos,  
a imitación de tu amor que no conoce límites.

Danos la alegría de la fidelidad perseverante  
por el camino de la propia llamada,  
en plena sintonía con la Iglesia.  
Con María te damos gracias por la espléndida vocación  
secular  
y por la multiforme misión confiada ser testigos de Ti, luz  
del mundo.

Llena nuestros corazones  
de reconocimiento y entusiasmo  
por esta vocación y por esta misión.  
Haznos constructores de tu paz,  
artesanos tenaces de vínculos diarios de solidaridad  
fraterna,  
artífices de reconciliación, testigos y apóstoles  
de la civilización del amor.  
Enséñanos a tratar las realidades de este mundo  
con un vivo sentido de responsabilidad cristiana  
y con la gozosa esperanza de construir  
la venida de tu Reino.

Que la Virgen y Madre que supo decir siempre «sí» al  
Señor  
nos guíe y sostenga para que vivamos siempre  
como auténticos hijos de la Iglesia de Jesucristo,

podamos mirar hacia adelante sin miedos y complejos  
y establecer sobre un mundo nuevo  
la cultura de la verdad y del amor,  
según el deseo de Dios y para su gloria.  
Amén. Aleluya.  
40

Señor,  
es hora de ser tus testigos.  
Es hora de construir todos juntos la civilización del amor.  
Es hora de gritar a los hombres tu salvación.  
Es hora de gritar que el Crucificado ha resucitado,  
y el mundo tiene sabor de Redención.

Es hora de vivir en la luz y abrir caminos sin fronteras;  
de juntarnos como amigos en un solo pueblo;  
de marchar unidos sembrando la paz y el amor;  
de vivir en armonía, en lazos de hermandad y de  
comunión.

Es hora de gritar al mundo que el pecado ha sido vencido  
y que el hombre es libre, libre de su temor;  
que la muerte ha sido vencida,  
y que la vida es la nueva civilización del amor.

Es hora de llamar al corazón del hombre  
para que crea en tu evangelio,  
en tu palabra,  
en tu mensaje de amor,  
de convidar a las gentes a la mesa del pan vivo  
que ha bajado del cielo y gustar de su sabor;  
de caminar mirando hacia adelante sin volver los ojos  
hacia lo que quedó atrás.

Es hora de ser tus testigos donde tu amor está ausente  
donde la verdad no cuajó;  
donde la libertad está atada;  
donde se necesita el perdón;  
donde impera la ley del más fuerte;  
donde el hombre se convierte en opresor;  
donde la vida se ha hecho muerte.

Es hora de ser tus testigos unidos como un solo pueblo: en  
Iglesia;  
es hora de ser tus testigos  
de tu cruz salvadora en el mundo;  
es hora de ser testigos de tu Resurrección.

!Cristo, Señor de la historia,  
Señor del hombre,  
Señor de la creación!

¡Cristo, testigo del amor del Padre,  
corazón de su corazón;  
Cristo, amigo y hermano del hombre,  
danos la fuerza de tu Espíritu  
para que él anime nuestro compromiso de cambio en el  
mundo,  
de una civilización de muerte, en una civilización del amor!  
41

Mi Señor:  
Tú existes y nos amas.

Para hacerte creíble a los hombres  
te hiciste uno como nosotros,  
viviste y sufriste como nosotros,  
moriste como nosotros morimos.  
Tú quieres ser creíble todavía,  
pero los hombres te rechazan  
porque no hemos dado testimonio satisfactorio de Ti.  
Los hombres te rechazan  
porque no hemos sido testigos tuyos,  
te rechazan porque hemos vivido mal.

Tú serás creíble  
cuando vivamos nuestra pobreza de hombres,  
nuestras autenticidad de hijos,  
nuestra grandeza de llamados.

Tú necesitas hombres y mujeres creíbles;  
muchos te anuncian, pero pocos dan testimonio de ti.  
Dar testimonio de Ti  
cuando estamos seguros de que no falta el pan, es fácil.  
Dar testimonio de Ti cuando tenemos asegurada una casa  
y una vida tranquila, es cómodo.  
Anunciar lo que halaga no cuesta a nadie.  
Seremos creíbles no sólo anunciando a Cristo,  
sino viviéndolo;  
no sólo predicando su evangelio,  
sino practicándolo;  
no sólo presentando el amor de Cristo,  
sino realizándolo.  
Solamente así  
podremos acercar a ti a aquellos

que todavía no han recibido la fe;  
despertar esta fe en aquellos que están apunto de perderla;  
sostenerla en aquellos a quienes cuesta conservarla.

Seremos tu testigos  
no en la medida de lo que digamos,  
sino de lo que seamos,  
y de lo que hagamos por hacerte creíble a los ojos de los  
hombres.  
Amén.

44

Mi Señor:  
En este instante,  
permite que desahogemos nuestro pobre corazón.  
Está herido  
y no sabemos si será capaz de contener su hemorragia.

Mi Señor:

Tú sabes, al menos así lo creemos,  
que no nos cuesta iluminar las ventanas de nuestra casa.  
Tú sabes, mi Señor, que soy egoísta, sensual, violento y  
despectivo.

Tu sabes, Señor, que lo desconocía, como desestimaba mi  
persona

y, en consecuencia, tampoco apreciaba, como es debido,  
a los demás, precisamente por no vivir, día a día,  
tal cual es, el misterio del ser humano:

infinito y limitado,  
ágil y denso,  
ardiente y oscuro,  
de hueso, carne y espíritu.

Señor:

Tú sabes, la indiferencia en que caigo,  
para no perdonar,  
y cómo suplico tu fuerzas para domesticar mi odio  
y darme en amor.

Junto a tantas miserias,  
debo decirte que amo,  
pues nos hiciste para ello,  
a pesar de haber sido educado para no-amar.

Gracias a ti, Señor, no me envenené del todo,  
ni maldije ni de ti ni de mí,  
pues ahora rumiaría en pesebrera de odio y,  
quizás, ni recordara que eres mi Padre.

Por todo esto, Señor, y más cosas que silencio,  
perdóname Tú,

perdóneme yo,  
perdónenme enemigos y amigos,  
y cuantos dejé de amar por ser torpe al hacerlo.  
En fin, Señor, que puedes mandar lo que Tú quieras,  
con o sin donación de sangre,  
aunque, dada mi flaqueza, me apunto a lo primero.

Dame energías para amar, porque es primario.  
Ayúdame a sufrir, porque también es necesario.  
Ayúdame, Señor, en amor y no-amor,  
porque si Ti,  
soy tan torpe que,  
en vez de amor trasmito odio,  
destrucción y muerte, en vez de vida.

Quien dice:

Jesús es el Señor y lo sigue,  
puede creer en Ti con la alabanza total,  
el servicio pleno  
y la vida entregada.

Y puede hacerlo, mi Señor,  
sin verte, desde esta tierra extraña  
y con este cansado y encorvado corazón.

Porque confía que el Espíritu se va acostumbrando a  
nuestra carne,  
y que ésta se va acostumbrando a la abnegación y al gozo  
del Amor.

Precisamente a través del camino de Jesús y de su muerte.

Sin trampas,  
sin reservas  
y sin cálculos.

Caminando y siendo llevado.

Muy cerca de los pobres,  
compartiendo su casa y su suerte.

Muchas veces en la noche.

En un desierto anchísimo y oscuro.

Llevando la fe de los hermanos  
y siendo llevado por su fe.

Escuchando a veces la música callada,  
la soledad sonora.

¡Aleluya, Señor nuestro,  
Jesús es nuestra patria!  
Él es nuestra tienda terrena,  
nuestro camino de cada día y cada noche,  
de cada vida y cada muerte.  
Él es nuestro hogar permanente,  
nuestra esperanza y nuestra vida sin fin.  
Él es la humanidad nueva.  
Él nos encuentra y nos juzga y nos libera en los pobres,  
su rostro más seguro,  
sus hermanos primeros.  
Te pedimos, Padre, que nos pongas con tu pueblo pobre,  
que nos pongas con tu Hijo Jesús.  
Así nuestra fe se mantendrá y crecerá.  
Aunque no te vemos.  
(O ¿es que así te estaremos viendo?)  
Aunque nos desgarran los dolores de esta tierra.  
(O ¿es que así compartiremos tu manera de creer,  
tu dolor enamorado?)

Aleluya, Padre nuestro,  
tu Espíritu es nuestra libertad.  
En Él somos tus hijos.  
Échanos afuera el miedo y te decimos:  
«Abr» con el corazón.  
En Él cargamos el peso de nuestros límites  
y faltas, sabiéndonos perdonados.  
En Él confiamos,  
contra toda esperanza,  
que nuestra libertad va siendo liberada  
y nuestra carne se va olvidando de sí.  
Sentimos la unción de tu aliento  
para llevar noticias buenas a los pobres.  
Sabemos en Él que el amor abnegado conduce al gozo del  
Amor y se ha  
hecho nuestro.  
Invitación callada a toda carne, a toda historia.  
Fuerza oculta de toda búsqueda.

Aleluya, Padre nuestro,  
Tú eres el misterio último,  
nuestro origen dichoso  
y nuestro futuro bienaventurado.  
Tú eres la tiniebla luminosa.  
Tú, la noche paternal.  
Tú, las manos últimas que rescatan  
y reciben todo aliento, toda lágrima,  
toda vida y toda muerte.  
Tú eres el Dios de los pobres.  
Tú eres el Dios de la Vida.  
Ayúdanos a caminar contigo humildemente.  
A buscar siempre tu rostro.  
Ayúdanos a atrevernos a la entrega sin reservas  
y sin cálculos en tus manos.

Dijo el trabajador en su corazón:  
Señor, hemos trabajado el pan con el sudor de nuestra  
frente,  
siguiendo tus mandatos.  
Hemos trabajado la tierra con nuestras manos de hombre;  
hemos trabajado el mundo que Tú creaste  
con todo nuestro corazón humano,  
con toda nuestra alma, y con todas nuestras fuerzas.  
Con cuanto amor cogimos en nuestras manos el primer  
martillo;  
con cuanto esperanza llevamos a nuestra madre nuestro  
primer salario.  
Aprendieron nuestras hábiles dedos la medida del  
milímetro y nuestros  
ojos, la penetrante mirada que domestica el acero y lo  
convierte en  
máquina.

Señor, por tu nombre y por el amor de nuestros hijos  
fuimos carpintero, como tu hijo Jesús;  
por tu nombre, recorrimos los mares: fogonero, marino,  
pescador.

Señor, por tu nombre recorrimos los largos caminos de  
nuestra patria:  
camionero, caminante vendedor, caminero de pala y  
azadón; fuimos mecánico  
y textil, fuimos minero, descubrimos las oscuras galerías y  
el calor de  
los amigos; trabajamos el cobre y el acero, fuimos  
soldador, despertamos  
chispas como estrellas, construimos gigantes de metal;  
condujimos los  
ácidos y las sales misteriosas en los laboratorios; tomamos  
la humilde  
escoba y barrimos, en tu nombre, Señor.

Y en tu nombre, dibujamos las rectas, las curvas,  
y las parábolas de infinitas matemáticas;  
construimos los automóviles y los satélites artificiales  
y los variados robots y las computadoras.  
Fuimos campesinos, y en tu nombre, Señor,  
dimos alimento a los hijos de los hombres.  
Tomamos el arado y arrojamos la semilla,  
aprendimos a manejar el tractor y la segadora,  
llevamos apaciblemente las vacas de los estables a los  
potreros,  
regamos las vides, cosechamos las uvas y los trigales,  
pan y vino para la mesa de los hombres y para tus altares.  
Fuimos, con nuestros hermanos trabajadores,  
cimiento de la vida de nuestra sociedad;  
con nuestra sangre y nuestro sudor se reparten por el  
mundo  
los frutos de la tierra.

Pero, Señor, hoy día alzamos a ti nuestra voz,  
levantamos nuestras manos surcadas de trabajo,  
las tomamos con nosotros y ponlas, en las tuyas,  
con las manos de todos nuestros hermanos trabajadores.  
Porque los poderosos de la tierra nos han cercado,  
nos han rodeado con su avaricia.  
Han hecho del dinero el amo de la tierra:  
injusticia y mentira son las obras de su maldad.

Mira, Señor, cómo defraudan el salario a tus hijos;  
mira, por tierra, millones y millones de tus pobres sin  
trabajo.  
Han preferido las armas que matan, al pan, a la vivienda y  
a la escuela.  
Pero tú, Señor, nos has mostrado nuestra dignidad. Tú  
mismo te has  
acercado, por nuestros caminos, y has levantado tu  
vivienda entre  
nosotros. Tú mismo, en Jesucristo, trabajador clavado en  
una cruz para  
libertad de todos los humanos.

Despierta, Señor, a tu pueblo.  
Ven, Tú, a enseñarnos la Justicia y la Hermandad.  
Que fracasen y se pierdan los que atentan contra la vida;  
que nos des aliento e inteligencia para buscar la unidad  
para amar apasionadamente la causa de tu pueblo,  
la civilización del amor.  
Y nosotros seguiremos esperando activamente;

y te daremos gracias y contaremos a nuestros hijos cómo fue tu auxilio, y cantaremos tu justicia y tu misericordia.

Amén. Aleluya.

48

Tomás, hermano nuestro:

Tus dudas nos han beneficiado a muchos.

Hubiera sido más hermoso creer de inmediato el relato de los demás apóstoles, cerrar los ojos, e imaginar que ya habías tocado las manos del Maestro y palpado sus cicatrices.

Sí, más hermoso, pero menos humano.

Te comprendemos perfectamente.

También a nosotros nos han defraudado muchas veces.

En vez de amor nos entregan un manojo de leyes, cuando pedimos pan nos comprometemos con una ideología

y cuando buscamos ser felices nos responden con una teoría psicológica.

Hoy más que nunca es necesario ser precavido.  
La línea que divide el bien y el mal,  
lo verdadero y lo falso,  
se ha cambiado en un rasgo ambiguo y diluido  
que no ayuda a nuestro discernimiento.  
Hoy es difícil saber si estamos a favor de Dios o en su  
contra,  
si pretendemos liberar al hombre o subyugarlo.  
No nos escandaliza tu reclamo.  
Imaginamos que hablabas sin ira,  
con voz serena y firme  
y anhelando con toda el alma abrazar al Maestro.  
Además,  
tus dudas no están dirigidas contra Cristo, mi Señor.  
Se apoyaban en ese enorme parecido que tenía el Señor  
con los demás hombres de su tiempo.  
Nos sentimos identificados contigo.  
Aprendimos una fe  
que no preveía nuestra inmensa capacidad de pecado,  
ni tenía en cuenta las limitaciones de la Iglesia,  
ni tampoco las crisis que a todos nos golpean.  
Nos motivaron demasiado para mirar al cielo  
y por eso los problemas de la tierra nos amilanan  
y nos escandalizan.

Hoy creer tampoco es cosa fácil.  
Algunos proclaman que es mejor evitar toda réplica,  
esquivar toda pregunta y dedicarnos a asuntos ordinarios,

como edificar una casa,  
labrar la tierra  
o negociar con valores de bolsa.  
Pero el corazón nos avisa que Jesús está cerca  
y que si acudimos al Cenáculo,  
Él nos llamará por nuestro nombre,  
nos invitará al abrazo y saldremos de allí transformados.

No cuenta el Evangelio si también los otros discípulos  
dudaron.  
Suponemos que sí.  
Es parte de nuestra condición humana.  
Pero tu historia es la más diciente,  
la más parecida a nuestras situaciones.  
Muchas veces le hemos planteado a Dios en nuestras  
plegarias  
la necesidad de su presencia visible.  
¡Nos cuesta tanto mantener encendido el fuego del hogar,  
ser felices a nuestros compromisos,  
permanecer como hijos sinceros de la Iglesia!

Vemos también en tu lenguaje una forma de orar.  
Sobre el contexto de tu desafío se dibuja,  
sin embargo,  
un gran amor y una delicada esperanza.  
Las palabras más duras cuando se las decimos a Dios con  
cariño,  
adquieren la vibración de una plegaria.

¡Gracias, Tomás, hermano nuestro!

Amén.